

LUCA FILIPPI

El laberinto
OCULTO

Título original: *Il labirinto occulto*

Primera edición: 2015

©2013 Leone Editore

All rights reserved.

This Spanish edition published by arrangement with Loredana Rotundo Literary Agency- Milan

© traducción: Cristina Fernández Orellana, 2015

© de esta edición: Bóveda, 2015

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

www.editorialboveda.com

ISBN: 978-84-15497-85-1

Depósito legal: SE. 1025-2015

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

PLANO DE CAPODISTRIA	13
Prólogo	15
Primera parte. EL DIOS DE LAS SIETE BOCAS	
1	21
2	35
3	46
4	64
5	75
6	86
7	98
8	112
9	125
10	141
11	157
Segunda parte. EL DEVORADOR DE SUDARIOS	
12	175
13	189
14	205
15	222
16	242
17	258
18	273

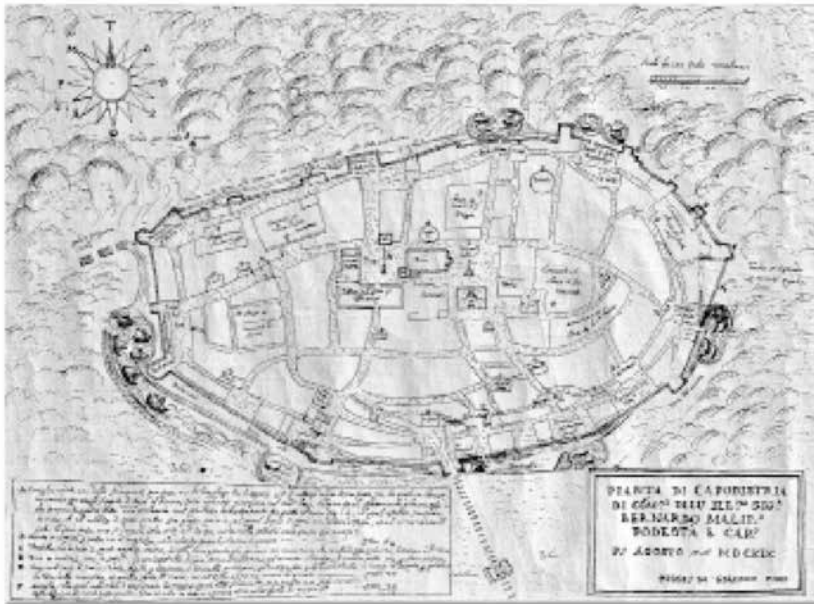
Tercera parte. EL LABERINTO OCULTO	
19	301
20	315
21	332
22	344
23	355
Epílogo	369
Personajes principales	373
Nota adicional	375
Agradecimientos	379

Atlántida: quien la creó la destruyó.
Cita atribuida a Aristóteles

*Por esta montaña fueron denominados esos hombres:
pues efectivamente son llamados atlantes.
Por otro lado, se dice que ni comen nada vivo ni ven
visiones en los sueños.*
Heródoto, *Libro IV, Historias*

*A Antonella,
porque juntos hemos bebido la Oscuridad*

PLANO DE CAPODISTRIA



PRÓLOGO

Año del Señor 1503

NUNCA LE TEMBLABAN LAS MANOS. PRECISAMENTE ahora que debía cumplir su misión, no le traicionarían.

Habría querido sentir dolor, o al menos arrepentimiento. Sin embargo, no sentía nada. Las sienas palpitaban con normalidad, la boca estaba seca; ni una gota de sudor pese al calor. Tan solo un vacío perturbador, mas también esa sensación pasaría en breve.

Tomó la escalera de caracol que conducía a la planta más alta de la torre. Por las saeteras podía distinguir el valle, la silueta de los tilos, el brillo argentado del río y un atisbo de luna, oculta entre cirros violetas.

Una calma sobrenatural. A juzgar por el estruendo que se oía en la lejanía, en un lugar impreciso entre los montes, se avecinaba una tempestad. Mejor, pensó: el viento acallaría cualquier ruido.

Se movía en la oscuridad, sin la luz de una vela que orientara sus pasos: conseguía ver incluso en la negrura.



Había estudiado cuidadosamente el recorrido, contado los peldaños y palpado la aspereza del suelo. No podía permitirse el menor descuido.

Había rezado al Señor toda la noche para que le infundiera coraje. Solo cuando se sintió preparado, abandonó su habitación y se dirigió a la habitación del mercader.

Estaba convencido de que nadie se habría percatado de su presencia. Una sombra más entre las sombras de aquel castillo.

La puerta de la habitación estaba cerrada con llave. Ya lo había previsto así que no sería un problema. Llevaba consigo el material necesario. Extrajo un puñal del bolsillo de la túnica. Su anterior vida le había enseñado muchas cosas, incluso una cierta práctica para forzar cerraduras.

Con unas pocas manipulaciones esta cedió. Entrecabrió la puerta con lentitud.

La madera era vieja, los goznes estaban oxidados. Esto no lo había previsto.

Sonó un crujido. Fue casi imperceptible por el bramido del viento.

Mas el mercader tenía el sueño ligero, o tal vez dormía con un ojo abierto. Se reincorporó bruscamente, como si lo hubiera mordido una serpiente.

Movimientos en la sombra. La víctima tal vez estaba buscando a tientas un arma o un eslabón. Para ver cara a cara a su agresor, para defenderse. Para salvarse.

Era inútil. No le habría servido de nada.

—¿Quién está...? —gritó el hombre, que no consiguió terminar la frase.

El asesino se le echó encima. Lo tiró al suelo y lo inmovilizó con la fuerza de los brazos y muslos musculosos.

Le puso las manos en la garganta y empezó a apretar.

Calculó el tiempo suficiente para que el mercader pudiera advertir la falta de oxígeno y sentir las gélidas garras de la muerte.

Después aflojó, apenas un poco.

—La llave. Dime dónde está —le susurró al oído.

Solo estas palabras. Él lo entendería.

Aunque quizás el viejo no apreciaba demasiado su vida. Con una fuerza inesperada empezó a dar patadas y a resistirse, a gemir entre ríos de saliva.

Estaba haciendo demasiado ruido, pronto despertaría a alguien y acudiría a ver qué pasaba.

No tenía elección.

Apretó el cuello del mercader. Tras unos instantes de agonía, todo acabó.

Se puso en pie y miró alrededor.

Las cosas se habían torcido. Debía ponerle remedio. Y rápido. No tardaría en amanecer.

Como un torbellino, empezó a revolver la habitación buscando aquí y allá entre los papeles enrollados, entre las páginas de los manuscritos, en el fondo de las bolsas. Nada.

Tal vez la llave no estaba en la habitación.

Por unos momentos se sintió perdido.

Y después sucedió. De nuevo.

La respiración débil, las fosas nasales dilatadas en busca de aire, los párpados entornados.

Ante él se materializaron fragmentos de una realidad que aún no era más que un sueño, una posibilidad. Y en cambio, conseguía visualizarla: la cadena de acontecimientos que había desencadenado con aquel asesinato.

Una tras otra, las telas iban encajando, formando un mosaico.

Alguien investigaría el homicidio. Tan solo había que esperar.

Frunció los labios en una sonrisa.

Se cubrió el rostro con la capucha y se marchó sigilosamente.

Primera parte

EL DIOS DE LAS SIETE BOCAS

Gorizia, castillo del capitán

LOS DEMONIOS AMAN LA SANGRE.
O al menos así decía el manuscrito. Un tratado inglés de necromancia, de algunos siglos de antigüedad, con precisas anotaciones sobre el ritual para invocar diablos. El autor recomendaba, entre otras cosas, usar sangre arterial, de un intenso color rubí harto eficaz para instigar a las criaturas de los infiernos.

Una oleada de rabia se apoderó del apotecario Tiberio, como siempre que se topaba con charlatanerías similares. Para el farmacéutico la ciencia era un asunto serio y no se podía mezclar con la superstición o la magia. Cerró el libro con un gesto enfadado y apagó la llama de la vela con los dedos. La habitación se sumergió en una penumbra cárdena.

Se había llevado toda la noche estudiando, como solía hacer últimamente. Delgado como un espectro, ojos y cabellos de sarraceno, Tiberio tenía treinta y un años. Los

últimos tres los había pasado exiliado en aquel condado perdido que desde hacía poco era un dominio más de los Habsburgo. Cuando vivía en Roma se dedicaba al arte de la necropsia en la gendarmería pontificia. Hacía hablar a los muertos para ayudar a los vivos mediante un examen concienzudo del cuerpo. En cuanto llegó a Gorizia se adaptó a su nuevo cargo de médico y cirujano del hospital. Era un espíritu solitario; no tenía vida social y la única persona con quien mantenía cierta familiaridad era el fraile que trabajaba para él como asistente.

Se levantó del escritorio y lanzó un vistazo a las colinas que se perdían en el valle de Isonzo. El viento soplabá con fuerza. A veces un aullido precedía a la corriente de aire.

Aun siendo forastero, enseguida había aprendido que aquel grito de animal herido anunciaba ráfagas de una violencia tal que eran capaces de arrancar árboles y destechar casas. Un viento cruel que podía llevarse todo. No obstante, el verano ya casi había acabado y aquella que vislumbraba por la ventana no era una tormenta pasajera.

Se puso los calzones y, cuando estaba a punto de abrocharse la casaca, un ruido proveniente de la antesala captó su atención.

—¡Maese Tiberio, venid, rápido!

Era fray Giustino, su ayudante. No era de extrañar que armara un alboroto por cualquier tontería. Sobre todo si tenía que ver con el capitán o cualquier miembro de su familia.

Tiberio alcanzó la puerta en pocas zancadas y se encontró frente al frailecillo, con unos ojos celestes hundidos en la luna llena que formaba su rostro.

—¿Qué te pasa, Giustino?

—Os lo ruego... No me preguntéis... ¡No me obliguéis a hablar! —masculló el religioso santificándose—. El demonio... ¡Es obra del demonio! ¡O de los turcos! ¡Seguro que son ellos los culpables de este sacrilegio!

Desde que el Imperio otomano se adentrara en las tierras del condado, atacando a sangre y fuego las aldeas rurales, Giustino veía a los hijos de Mahoma detrás de todas las catástrofes humanas o naturales.

—Si no quieres decirme qué ha ocurrido, ¿cómo pretendes que te ayude? Y además, ¿por qué vienes a molestarme? Sabes que a esta hora debo marcharme al hospital.

Tiberio intentó esquivar al fraile, pero este se interpuso en su camino.

—No es que no quiera decíroslo, señor. Es que no puedo. Os lo explicará el capitán. Su Excelencia desea veros en la sala del trono. Enseguida.

A Tiberio nunca le habían gustado las peticiones imperativas; no obstante, si el noble Andrea de Liechtenstein, administrador y capitán del condado de Gorizia por delegación del emperador Maximiliano de Austria, se tomaba la molestia de convocarlo a aquellas horas de la mañana, debía tratarse de un asunto de suma importancia.

—Está bien, Giustino. Llévame ante el administrador. Pero intenta calmarte un poco.

A modo de respuesta, el fraile se santiguó de nuevo, se volvió y enfiló el corredor.

Nada en la persona de Andrea de Liechtenstein transmitía grandeza. Era delgado y con una piel tan fina que daba la impresión de que el menor contacto podía dañarla.

Lo esperaba en la sala del Conde, otrora reservada a las audiencias de los regentes de Gorizia, ahora la sala de recepción del capitán designado por los Habsburgo. El salón era de planta rectangular, con vigas de madera en el techo y antorchas que proyectaban un fulgor rojizo en las vidrieras. A cada lado había cinco ventanas geminadas, como grandes ojos abiertos a un cielo plomizo.

El administrador, fiel a su fama de hombre pragmático, fue directo al grano. Hablaba alemán y algunas palabras del dialecto local, pero después de tres años allí, Tiberio ya era capaz de entender el idioma.

—Maese Di Castro, imagino que os estaréis preguntando por qué os he mandado llamar a estas horas y con esta premura. Pues bien, sabed que siento un profundo cariño por estas tierras que el emperador me ha encomendado. Y creo poder contar con vuestra discreción... —El capitán lanzó una mirada al médico, como pidiéndole que confirmara sus palabras.

Tiberio estaba acostumbrado al lenguaje refinado del regente de Gorizia. Estaba convencido de que era una táctica del administrador para impresionar a sus interlocutores y dar mayor peso al prestigio de su cargo.

El apotecario, con un simple gesto, le dio a entender que no revelaría nada.

Una vez tranquilizado, el noble prosiguió:

—¿Recordáis al mercader de libros que llegó hace unos días de la República de Venecia?

Tiberio frunció el ceño. En su mente se materializó la imagen de un hombrecillo de mejillas rosadas y pocos pelos en la cabeza. Un tanto parco en palabras mas de expresión afable.

—No recuerdo su nombre, Excelencia, pero sé de quién habláis.

—Janus de Visser. Así se llama.

—¿Un extranjero?

El capitán asintió.

—Su familia proviene de las tierras del norte. Una estirpe de tradición nómada. Desde hace varias generaciones, los Visser viven y residen en Venecia —llegado a este punto el noble de Liechtenstein no pudo contener una mueca de contrariedad. La Serenísima era la enemiga ancestral de los Habsburgo y, por tanto, también del condado de Gorizia.

—Y decidme, ¿en qué os puedo ayudar? ¿Acaso el señor de Visser sufre algún dolor reumático? Recuerdo que llevaba vendas en las manos... ¿quizás el clima hostil del condado ha agravado los síntomas?

Andrea de Liechtenstein bajó la mirada. Con voz grave, respondió:

—No, no se trata de ninguna dolencia. El mercader está muerto. Asesinado.

En la sala se hizo un silencio. Tiberio calló unos instantes mientras en su mente se agolpaban un sinfín de preguntas. ¿Por qué estaba seguro el administrador de que se trataba de un homicidio? ¿Y a quién podía interesarle eliminar al

mercader y por qué precisamente en Gorizia? Y por último, ¿por qué motivo lo había mandado llamar?

Al menos este último interrogante tuvo pronto respuesta. El administrador prosiguió:

—Sé que ahora os dedicáis a curar a nuestros enfermos como responsable del hospital, pero el cardenal Farnesio no me ha ocultado vuestro talento como forense. Gozáis de una buena reputación. Sé que en Roma habéis prestado servicio en la gendarmería y habéis colaborado en la resolución de algunos casos difíciles... —Se humedeció los labios y permaneció unos instantes en silencio, como si estuviese sopesando si continuar o no—. Pues bien, lo que os pido, en nombre del emperador Maximiliano de Habsburgo, es que me ayudéis a esclarecer el misterio de esta muerte. Espero que no hayáis olvidado los numerosos favores que se os han concedido...

Tiberio sabía que estaba en deuda con los Habsburgo, así que no tenía más remedio que aceptar el encargo. Por otra parte, desempolvar su insaciable instinto detectivresco le motivaba más de lo que quería admitir.

—Por supuesto ofrezco mi colaboración para resolver este asunto, pero me sería útil saber más sobre las circunstancias que trajeron al mercader a Gorizia. Dado que ha sido asesinado aquí, me parece lógico pensar que existe algún nexo entre su llegada y su desaparición... También querría saber si han visto a alguien entrar o salir del castillo. A alguien sospechoso o inusual, me refiero.

—Según los centinelas, nadie. Muchas personas viven entre estos muros: cocineros, soldados, caballeros, religiosos... Es complicado controlar a tanta gente.

—¿Qué podéis contarme sobre la víctima? —continuó el apotecario.

—El mercader era un antiguo conocido —respondió el regente—. Vivió algunos años en el condado, cuando aún gobernaba el conde Leonardo. Ambos tenían cierta relación pero, según las habladurías de la corte, Janus mantenía una íntima amistad con la primera mujer del conde. Una princesa de Eslovenia, si no recuerdo mal. Cuando esta murió sin dejar descendencia, el conde se volvió a casar. El resto no tiene importancia y es una historia reciente.

El resto, como lo definía el noble administrador, eran los últimos años de la vida del conde y de su segunda esposa. Con una dote impresionante de veinte mil florines de oro y diez mil florines en joyas y vestidos, Paola Gonzaga se había convertido en la última soberana del condado. Coja de nacimiento, la noble señora había dado a luz a una niña enfermiza, la cual falleció a temprana edad. Leonardo no había tenido ningún heredero varón; así pues, a su muerte, Gorizia pasó a manos de Austria.

—Hace cerca de un mes, el emperador en persona me envió una misiva —prosiguió el administrador—. En ella me pedía que convocara a Janus sin demora, fingiéndome interesado en su mercancía. En aquel momento, la petición de Su Majestad me pareció un tanto excéntrica; sin embargo, la carta sin lugar a dudas era auténtica, pues tenía el sello de la casa de Habsburgo.

—¿Quién sería el encargado de tratar los intereses del emperador? ¿Os han encomendado efectuar una investigación al respecto?



Andrea de Liechtenstein arrugó la frente.

—El emperador me escribió diciendo que un legado vendría en su representación desde Viena. En todo caso, ayer por la tarde se presentó aquí Segismundo de Lienz. En una época, también él estuvo al servicio del conde Leonardo, pero desde que el Sacro Imperio Romano se anexionó Gorizia, depende directamente de Maximiliano de Habsburgo. Huelga decir que nuestro alguacil también se está ocupando de este asunto. —El administrador chasqueó la lengua.

El alguacil Stefano era lo más parecido a un delincuente que uno podía imaginar, con cara de lobo y dientes podridos. Sus modos expeditivos, empero, no disgustaban al noble de Liechtenstein. Tiberio en cambio lo odiaba y el sentimiento era mutuo.

—Toda esta enrevesada ceremonia para tratar con un mercader... —observó el apotecario—. ¿No os parece extraño? Si el emperador estaba interesado en algún libro, por muy valioso que fuera, ¿no podía delegar en vos en vez de enviar a este funcionario? ¿Dónde se hospeda Segismundo?

Le parecía sospechoso que el legado del emperador hubiese llegado a Gorizia pocas horas antes del homicidio.

No sabía si Andrea de Liechtenstein era del mismo parecer. Se limitaba a mirarlo fijamente en silencio. Tras unos instantes respondió:

—Segismundo ha cogido una habitación por aquí cerca, en la aldea. ¿Deseáis que lo mande llamar?

—Sí, hacedlo, pero sin demasiada premura. Primero he de ocuparme de una cuestión más urgente.

—¿A saber? —preguntó el administrador enarcando una ceja.

—Debo ir a visitar a Janus de Visser.

No olía a muerte. Ni siquiera el olor dulzón característico de las primeras fases de la descomposición. Y sin embargo, apenas hubo cruzado el umbral de la estancia, Tiberio di Castro se sintió como si un remolino, que siempre había ejercido en él un poder incontrolable, lo arrastrara a su interior.

Cuando ejercía de forense en la gendarmería pontificia le bastaba echar un solo vistazo al cadáver que debía examinar para que en su mente se cristalizaran los detalles de la escena del crimen. Una vez más, como si hubiera transcurrido un día y no tres años, su talento de entonces volvió a manifestarse con fuerza.

De Visser se había instalado en uno de los dormitorios de la tercera planta del castillo, una estancia pequeña y poco luminosa. Fray Giustino, tembloroso, lo seguía con una antorcha. Habría evitado la ingrata tarea si no fuera porque el administrador en persona se lo había ordenado.

—Acerca la luz, Giustino. Aquí no se ve nada; no vaya a ser que me tropiece con el cadáver de Janus —dijo Tiberio. A continuación, se adentró en la habitación.

Parecía que un animal salvaje hubiera pasado por allí, revolviendo los efectos, vestidos y manuscritos del mercader. Desperdigados por todas partes, sin orden ni concierto, constituían un absurdo mosaico en el suelo.

En el centro, estaba él: Janus de Visser.

Tiberio se arrodilló junto a la víctima.

—¿Fuiste tú quien encontró el cuerpo, Giustino?

El fraile, que se había quedado junto a la puerta, asintió. Después añadió:

—Sabed que me despierto cuando despunta el alba para honrar a nuestro Señor. En cuanto entré en el corredor me di cuenta de que la puerta de Visser estaba entreabierta. Sabía que el mercader era una persona muy reservada y guardaba con gran celo sus manuscritos. Entonces, lo llamé pero, al no obtener respuesta, entré y... Al principio pensé que se trataba de un desmayo, pero ¡ya veis lo que me encontré!

El cuerpo estaba en posición supina. El hombre debía tener unos sesenta años. Llevaba puesta una túnica de una tela basta, rasgada en algunas partes, tal vez a causa del forcejeo con el agresor. Tenía la lengua fuera, asomada entre los labios, los ojos desorbitados, la tez llena de petequias violáceas. En el cuello se advertía un surco amoratado, profundo y horizontal, como trazado por una cuchilla afilada. El apotecario ejerció presión en las mandíbulas que, tras oponer una leve resistencia, se abrieron emitiendo un chasquido.

—El rígor mortis apenas acaba de empezar; señal de que el mercader lleva muerto pocas horas. No te topaste con el asesino de pura suerte —comenzó a decir Tiberio.

Era una vieja costumbre suya la de comentar en voz alta las conclusiones de su examen necroscópico. Lanzó una mirada a Giustino quien, como única respuesta, suspiró y juntó las manos en posición de oración.

—Parece que Visser haya sido víctima de un estrangulamiento. Se puede ver el surco del cuello causado por el instrumento que utilizó el agresor. Por el aspecto podría tratarse de una cuerda o un cinturón. A juzgar por las manchas del rostro, las petequias, la presión que ejerció para estrangular a la víctima fue muy intensa. Pero podemos deducir además otro elemento... —Hizo una pausa, alejándose algunos palmos del cadáver. Entornó los ojos y en su mente se materializó la imagen del asesino y, debajo de este, la del mercader resistiéndose, intentando escapar de su propia suerte.

—¿Qué habéis deducido, maese Di Castro?

—El agresor era más fuerte que la víctima. Se trata con toda probabilidad de un varón, de constitución robusta. Janus era corpulento, aunque no estaba muy en forma... —Se calló de nuevo. Después, rebuscó en el bolsillo para buscar un pequeño bisturí que llevaba siempre consigo. Cuando lo hubo encontrado, con un gesto experto, practicó un corte vertical en la túnica de Janus—. ¡Eureka! —exclamó mientras señalaba unas manchas en el tórax y el abdomen del mercader—. Mira, son moretones causados por la presión que ejerció el homicida. Se puso a horcajadas e inmovilizó a Janus atenazándolo con las rodillas... Apuesto a que, si pudiera examinarlo, también encontraría fracturas en el costado... —Entonces miró alrededor—. Ya sabemos cómo murió... pero aún no sabemos por qué...

Se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación. Los libros del mercader estaban desperdigados prácticamente por todo el espacio; algunos abiertos, otros boca



abajo, otros con la pasta destrozada. Tiberio cogió los que pudo, intentando recomponerlos y al mismo tiempo intuir el sentimiento que había movido al asesino. Los manuscritos eran de distinta factura y sobre temas de lo más variados: historia, geografía, gastronomía, taxonomía, cetrería...

Reconoció también algunos textos singulares sobre anatomía y alquimia que, cuando aún vivía y trabajaba en Roma, no había conseguido encontrar. No era de sorprender que estuvieran en poder de Janus: venía de Venecia, el puerto donde desembarcaban mercancías provenientes de todos los rincones del mundo. Pero... ¿qué quería el asesino de Janus?

—Dinero no, eso seguro.

—¿Cómo?

Casi se había olvidado de Giustino que, desde la puerta, lo observaba perplejo hurgar entre los efectos del mercader.

Como única respuesta, Tiberio levantó la bolsa que había encontrado al fondo de uno de los bolsos de Janus.

—No los he contado, pero estos ducados me parecen motivo suficiente para matar. Aunque, según parece, no es lo que buscaba el asesino. Si hubiera querido robar al mercader, lo habría sorprendido mientras dormía o estaba de espaldas. Una cuchilla bien plantada en el lugar adecuado, poco ruido y pocas posibilidades de ser descubierto. Sin embargo, nuestro hombre se arriesgó. Le estrujó el cuello a la víctima con una cuerda y se le puso sobre el tórax atenazándole los costados con los muslos. Lo dejó sin aire y luego lo dejó respirar un poco. Esperó antes

de matar. Esperó porque quería hacer hablar a Visser. Un secreto... Quien lo mató buscaba un secreto. —Se interrumpió para unir todas las piezas—. ¿Visser tenía algún ser querido? ¿Mujer, hijos o parientes cercanos?

—Al llegar a Gorizia, Janus avisó de que al poco se reuniría con él su hija que se había quedado en Venecia para ocuparse de unos asuntos.

—Entonces le devolveremos también este dinero... —Permaneció inmóvil, como indeciso sobre qué hacer. Miró fijamente el cuerpo unos instantes y, a continuación, en un arrebato ordenó—: Ayúdame a darle la vuelta.

—¿Cómo? No querréis que yo...

—¡Venga, Giustino! ¡No te quedes ahí como una estatua! El Señor te dará fuerzas.

El frailecillo se movió como si estuviera a punto de adentrarse en un campo lleno de serpientes. Invirtió un tiempo en acercarse y ayudarlo a girar el cadáver que a Tiberio le pareció interminable. La empresa no fue sencilla. Finalmente, con un golpe sordo, consiguieron colocarlo boca abajo.

—En un examen necroscópico, Giustino, no hay que descuidar el menor detalle...

El apotecario empezó a desnudar al cadáver. Los jirones se desprendieron con facilidad. Los dos se estremecieron al descubrir unas señales en la espalda.

—¡Es algo demoniaco! —soltó Giustino estupefacto—. ¡Virgen santísima! ¿Pero qué significa? ¿Era un pagano, tal vez? ¿Un infiel? ¿Un secuaz de Satanás?

—Acerca la antorcha —ordenó Tiberio.

ORUM SEPTEM DIVO

—Un tatuaje —murmuró Tiberio—. Es una inscripción en latín: «Al dios de las siete bocas».